

Galdós, Portugal y *La Prensa* de Buenos Aires

Dolores Troncoso Durán
Universidade de Vigo

Galdós, como tantos escritores, había comenzado su carrera como periodista, y durante años escribió cientos de artículos en periódicos diversos de Madrid: crónicas políticas, reseñas teatrales, crónicas sociales..., pero en 1873, cuando ya ha adquirido cierto nombre como novelista, decide dedicarse exclusivamente a la literatura. Diez años después, entra en contacto con José C. Paz, entonces embajador de la Argentina en Madrid y dueño de *La Prensa*, entonces probablemente el periódico más importante de los escritos en lengua española, a juzgar por sus tiradas y por sus sucursales en las ciudades más importantes del mundo. Don Benito retoma el periodismo para colaborar allí en una sección que habla del cosmopolitismo argentino de finales del XIX; en ella, gentes como Jules Simon, o Marcel Prévost desde París, Edmondo d'Amicis desde Roma, John S. Attwell desde Washington o un significativo *Cosmopolitan* desde Londres, comentan lo sucedido en sus respectivos países en forma de “cartas al Director”.

Don Benito, hombre discreto pero de gustos caros, parece comenzar esta colaboración por motivos económicos; en carta a *don Prisco*, leemos que el aún proyecto le resarcirá de los gastos de un viaje anterior y le permitirá viajar el año próximo, “quizás a Oriente, a Alemania o a Italia”.¹ Ese objetivo no impide que se tome muy en serio su trabajo de cronista, que le permitirá predicar su idea de cooperación especial entre la Península y Latinoamérica, lo que él llama “iberismo” o “unión ibérica”. Y de ahí la importante presencia de Portugal en sus cartas a *La Prensa* porteña que me propongo glosar.

Antes de entrar en el tema, es necesaria una aclaración: aunque el título genérico mayoritario de los artículos sea “España”, ya desde el primero hablará de política europea, e irá incluyendo gradualmente impresiones de sus viajes, que titula “España en el extranjero” (crónicas sobre Holanda, Alemania, Dinamarca, Francia, e Inglaterra), “España en Francia”, o “De vuelta de Italia”.

1. *Don Prisco* era el nombre familiar de Miguel Honorio de Cámara, editor de *La Guirnalda* en la que Galdós publicó muchas de sus obras. Esta carta de septiembre de 1883 se encuentra en el Museo Canario.

1. El viaje a Portugal

El primero de estos artículos que podrían agruparse como crónicas de viaje es precisamente “Portugal”, al que reparte en dos cartas: una enviada desde Lisboa el 28 de mayo de 1885 y otra desde Vigo el 4 de junio.² En parte quizá por dudas sobre si el contrato con *La Prensa* le permite la licencia de titular “Portugal” a un cronista de España, comienza con un largo apartado sobre las difíciles relaciones entre españoles y portugueses:³

Vivimos en un mismo suelo y bajo un mismo clima; nuestros ríos son sus ríos, nuestras lenguas son semejantes, y sin embargo entre Portugal y España hay una barrera infranqueable. Durante siglos, Portugal ha sido tan desconocido para los españoles como España para los portugueses. [...] No se da un paso en la historia de España sin tropezar con la de Portugal y su altiva independencia (*LP*, 3-7-1885).

Esta susceptibilidad de Portugal con respecto a España es *leit-motiv* de varias cartas. La motivación histórica,⁴ según él ya no existe, y desde 1866 en que se construyó el primer tren Madrid-Lisboa, “hombres eminentes” de ambos países han trabajado sin mucho resultado por “aproximar moralmente a las dos naciones”.

Comienza después el relato de su viaje: “El que esto escribe deseaba ardientemente conocer a Portugal [...] y héme ya en tierra de Camoens”; relato caracterizado por la continua comparación entre lo que ve en Portugal y lo que conoce de España o de otros países, ya por viajes ya por referencias librescas: “Lisboa es ante todo un panorama; pero tan espléndido que solo el de Nápoles o Constantinopla puede comparársele [...]. Esta belleza y lo accidentado de su suelo hacen a Lisboa la capital más original de Europa”.

La menor densidad de población lisboeta justifica el aspecto “harto menos bullicioso” que el de Madrid. El pueblo portugués le parece triste, pero “si pudiéramos ceder a esta gente algo de la estrepitosa alegría andaluza a cambio de sus apacibles modales y de este reposo espiritual, creo que ganaríamos mucho en el cambio”. Por lo que ve en tiendas y paseos deduce que no existe “el diabólico afán de aparentar [...]. Todo indica que en Lisboa no existen los despilfarros que entre nosotros son cosa corriente”. Pasa entonces a la descripción artística de Lisboa, destacando “la plaza do Comercio de las más hermosas de Europa”, y

2. Son fechas de redacción, que mencionaré cuando sea necesario. En cambio, citaré por las fechas de publicación, precedidas de *LP*, es decir, *La Prensa*. Entre unas y otras mediaba alrededor de un mes.

3. En las restantes crónicas de viaje cada vez tiene menos dudas al respecto. En el año 87, la justificación es taxativa “escribir desde fuera de España o no escribir”; en años posteriores, no habrá ya pretexto ni disculpa.

4. Reflejada en *LP*, 11-3-1888 a propósito del III centenario de Álvaro de Bazán, relata su toma marítima de Setúbal, que contribuyó a la conquista española de Portugal y a la consecuente proclamación de Felipe II como rey de dicho país en 1581.

el monasterio de Belem. Sobre el segundo se extiende para explicar en qué consiste el gótico manuelino:

Un ojival acomodado al genio meridional del país [...]. Sicilia en Italia y Andalucía en España ofrecen en sus monumentos algo parecido a esta aclimatación del gótico normando. Belém revela fantasía, independencia y un anhelo de originalidad que a veces raya en extravagancia.

Si el barroco tardío portugués “vale infinitamente más que los delirios de Churriguera”, las iglesias de la época de Pombal son correctas y pulcras, pero carecen de escultura y pintura de calidad: “Se diferencian en esto esencialmente de las nuestras, atestadas de objetos de arte, pero tan sucias que da pena entrar en ellas.” Aunque “Portugal es pobre en museos artísticos”, admira las colecciones de carrozas y falúas del palacio de Ajuda, y estas últimas le dan pie a reflexionar sobre la decadencia común a Portugal y España, y aquí dejar caer su idea de iberismo:

Esto es lo que queda de la nación más marítima de Europa, de la que construyó y lanzó a los mares las atrevidas naves de Vasco de Gama y Bartolomé Díaz. La marina portuguesa moderna es una pura fórmula. No diré que es inferior a la nuestra, porque la nuestra no admite inferioridad [...]. Somos como los hidalgos viejos y arruinados [...]. También nosotros nos vemos forzados a los dispendios y a las apariencias de nación grande, con un presupuesto reducido. De donde deduzco que podríamos, sin renunciar a nuestra respectiva independencia, buscar un acomodo que nos librara de tanta carga inútil, estableciendo algo que nos fuera común y que pudiéramos conllevar a medias. Pero esto es un sueño, un delirio [...]. Mas como la verdad se impone al fin, vendrán tiempos en que los dos pueblos hermanos encuentren una fórmula para constituirse en hermoso y soberano grupo, el cual tendrá la fuerza que ninguna de las dos nacionalidades separadas obtendrá jamás.

En la segunda carta (*LP*, 8-7-1885), “asuntos patrios” le obligan a acortar viaje y crónica por su “obligación de corresponsal español”. Deja para mejor ocasión Alcobça y Batalha “los más elocuentes libros de piedra” de la historia portuguesa; lamenta no ocuparse de Coimbra “con la atención que merece [...]. ¿Quién no sabe que Coimbra es en Portugal lo que aquí fueron Salamanca y Alcalá, lo que son aún Bolonia en Italia, Heidelberg en Alemania y Oxford en Inglaterra?”, pero cree que “salir de Portugal sin ver a Sintra, sería como viajar por Andalucía y marcharse de ella sin dar un vistazo a la Alhambra”. Tanto la naturaleza que lo rodea como el castillo da Pena, “semejante a audaz volatinero que hace piruetas en la punta de una percha” le dejan impresionado. Además, el castillo, terminado en 1849 sobre las ruinas del convento de Santa María (siglo xv) le sirve para introducir pasado y presente de la historia portuguesa a través de sus respectivos promotores, los reyes Manuel I (siglos xv-xvi) y Fernando II (siglo xix).

Oporto le recuerda a Burdeos o Amberes, y de ella destaca más lo contemporáneo; su escasa arquitectura histórica que

está en cierto modo compensada con el suntuoso edificio moderno destinado a Bolsa y Tribunales de Comercio y con el lindo Palacio de Cristal [...]. Pero la verdadera maravilla es el soberbio, arrogante y sólido puente sobre el Duero, por el cual pasa el ferrocarril a vertiginosa altura. Es una de las construcciones más atrevidas de Europa. [...] Lástima grande que el puerto de Oporto sea una vana palabra. Nunca se ha visto ciudad alguna que merezca menos el nombre que lleva.

Y termina con una nueva llamada, esta vez menos explícita y más poética, al iberismo:

El tren nos conduce a lo largo de aquel incomparable campo, y nos acerca al Miño que parte el suelo de Portugal y España. Es la frontera más bella y más melancólica que se puede imaginar. Aquel hermosísimo río no está hecho sin duda para que en cada una de las dos riberas flote pabellón distinto.

2. Asuntos de la realeza

En 1907, años después de finalizar su colaboración con *La Prensa*, Galdós abandona su ya muy debilitado monarquismo y se une a los republicanos. Pero quien, harto de los desmanes del reinado de Isabel II, se había entusiasmado con la revolución del 68 que la destronó, tras los difíciles años del Sexenio Democrático, sentirá en la Restauración hasta la década de los noventa, un deseo de estabilidad política y un rechazo de todo intento revolucionario. No por eso se priva de criticar a la sociedad en sus novelas desde *La desheredada* (1881), ni en estos artículos al partido conservador y, con menor dureza, al liberal. Además, siempre se caracterizó por tener muy en cuenta al receptor de sus textos, y los lectores argentinos de *La Prensa*, lo eran de un periódico de ideología conservadora, fascinados por las casas reales europeas que representaban una tradición de la que ellos carecían.

Todo ello explica que en varias crónicas, figure Portugal relacionado con su monarquía. En *LP*, 3 de junio de 1885, vimos que figuraban Manuel I y Fernando II. Con Manuel el Afortunado (1495-1521) de la casa de Avis, los descubrimientos convierten a Portugal en uno de los grandes imperios de la época, y el rey dedica parte de esa fortuna a construcciones monumentales, entre ellas, el convento de Sintra. De ahí la evocación, tal vez más literaria que histórica, que Galdós incluye: “En este edificio solía pasar el insigne monarca largas temporadas de solitaria expectativa, aguardando el regreso de Vasco de Gama con las noticias de las Indias descubiertas”. La pareja Fernando de Sajonia Coburgo y María II de Braganza fueron los primeros monarcas constitucionales del Portugal; viudo en 1853, Fernando regentó el país hasta la mayoría de su hijo en 1861, año

en que se retiró a Sintra. Galdós lo admira por poseer “una discreción e inteligencia que no suelen ser lo más común en testas coronadas”.

Cuando solo seis meses después muera este exrey portugués, le dedicará una sentida necrológica (*LP*, 15-1-1886) dónde afirma: “era extranjero, y el reino vecino le llora como al primero de los portugueses [...], le vi en Sintra en mayo del presente año [...]. Ni séquito palaciego ni aparato de ninguna clase indicaban su alta jerarquía”. Y se remonta a 1869: “Cuando la corona de España estuvo vacante, los progresistas españoles la ofrecieron con insistencia a don Fernando de Portugal. [...] Pero don Fernando no quiso aceptar la peligrosa ofrenda, [...] en lo cual obró con innegable cordura”. Don Benito no lo dice, pero el prudente reinado de María y Fernando en Portugal frente al simultáneo y disparatado de Isabel II y Francisco de Asís en España, pudiera estar latente bajo todos estos elogios.

Reaparece el tema monárquico unido al de la susceptibilidad de Portugal con España, ahora bastante más justificada de lo que observamos antes:

Se ha hablado del matrimonio de la infanta doña Eulalia, hermana del Rey, con el hijo de don Luis de Braganza, heredero de la corona de Portugal; más a pesar de la insistencia con que se habla de esto, tengo el tal proyecto por irrealizable, pues si las dos familias reinantes en Portugal y España lo verían con gusto, es de temer que las susceptibilidades del pueblo portugués se sientan heridas con una alianza personal con España. Doña Eulalia tiene derechos eventuales a la corona de España y aunque la renuncia formal de ellos podría facilitar la unión, siempre quedaría el recelo de que la renuncia se anulase como pasa siempre que a los príncipes conviene (*LP*, 29-11-1885).

Galdós acierta en sus cálculos ya que esta boda nunca se realizó. El infante portugués se casará con Amelia de Orleans y Borbón, y la crónica de su boda aparece como colofón de una propuesta en la republicana Cámara francesa de expulsar del país a las familias reales e imperiales; la propuesta no prosperaría, pero la carta muestra la poca simpatía que Galdós sentía entonces por la III República:

Con esto de la expulsión ha coincidido la boda del heredero de Portugal con la hija del conde de París, y quizás haya cierta relación entre una cosa y otra, porque los republicanos franceses han creído ver en las bodas de Lisboa una manifestación antirepublicana y una exhibición de pretendientes. No creemos que por la mente del jefe de la casa de Braganza haya pasado la idea de molestar a Francia ni de intervenir poco ni mucho en sus destinos. También es muy peregrino que los republicanos se entrometan en los casamientos de los reyes (*LP*, 3-7-1886).

Aprovecha esta celebración para insistir en una mayor relación entre españoles y portugueses a través del tren, una de sus pasiones favoritas como buen viajero del XIX:

Para llevar a Portugal a los condes de París y a su hija, corrió por primera vez [...] el tren de la nueva línea de Salamanca a la frontera portuguesa [...]. Línea es esta de gran importancia, y con ella son ya cuatro los enlaces de vía férrea que tenemos con el reino vecino y hermano. Salamanca, la histórica ciudad que por falta de comunicaciones con el oeste, estaba como arrinconada, hállase ahora a pocas horas de Porto.

Mencionará también al “caballeresco rey Sebastián”, al “gran maestro de Avis Juan I”, “al desgraciado Alfonso VI” y a José I por hallarse “en la lista de los reyes filósofos” de Cesare Cantú;⁵ en tales menciones se transparenta el conocimiento galdosiano, tal vez no muy profundo pero sí extenso, de la historia portuguesa.

3. Crónica de actualidad

Me limitaré aquí a reseñar la constante presencia de Portugal en estas cartas a *La Prensa* a través de sucesos varios:

En junio del 84 “artistas italianos, franceses y portugueses han sostenido los principales coliseos [españoles] en la actual primavera y en la pasada”. En febrero del 85, Galdós da cumplida noticia del terremoto que asoló Málaga y Granada; al citar los socorros enviados desde toda España, añade: “En esto nos secundan gallardamente las naciones vecinas Portugal y Francia” (*LP*, 15-2-1885). En octubre del mismo año, “los célebres exploradores portugueses Capello e Ivens” pasan cuatro días en Madrid invitados por la Sociedad Geográfica. Galdós dedica todo un apartado a la “odisea de estos dos valientes” que eclipsa “las hazañas de Livingstone y Stanley”; al final, reseña la “prueba de fraternidad” que “España ha querido dar a la nación vecina”: cruces gubernamentales, obsequios de corporaciones científicas y círculos militares, “público inmenso” en la conferencia, banquete de despedida con “notabilísimos de las ciencias y las letras” (*LP*, 27-12-1885). A los funerales de Alfonso XII, el 12 de diciembre de 1885, Portugal envía al infante Augusto, hermano de Luis I (*LP*, 15-1-1886).

El fin de 1887 augura “la más formidable guerra del siglo”; toda Europa puede verse implicada a excepción de “las penínsulas escandinava y occidental, Suecia y Noruega, España y Portugal” (*LP*, 19-1-1888). El 20 de mayo del 88, admira las escuadras internacionales reunidas para la inauguración de la Exposición Universal de Barcelona y asegura que “el acorazado portugués Vasco de Gama es digno de mención” (*LP*, 1-7-1888); y tampoco deja de citar el pabellón de Portugal en la Exposición de París (1889), de la que describe solo pabellones “ibéricos” (*LP*, 1-11-1889). Por último, entiende que el Congreso Católico de Madrid

5. Cantú es autor de una *Historia de cien años, 1750-1850* (1838) de la que Galdós tenía en su biblioteca una versión española de 1846.

(1889) “no es un hecho aislado”, ya que “se han reunido asambleas católicas en Austria Bélgica y Portugal,” para mantener viva “la cuestión Ítalo-pontificia [...]. La consigna es general, y se quiere producir agitación en toda Europa” (*LP*, 20-6-1889).

4. Unión ibérica frente a otras opciones

En dos cartas promueve Galdós el iberismo frente a otros dos proyectos asociativos: el de la Unión Latina y el de “América para los americanos”.

En 1886, Deroulède⁶ predica la Unión Latina entre pueblos que “se creen sucesores del pueblo romano”, mientras la República Francesa busca alianzas con la “autócrata y eslava Rusia”. Galdós expone criterios históricos, filológicos y geográficos que resultan insuficientes para enlazar pueblos y ofrece numerosos ejemplos como la rivalidad de Prusia y Austria, o la guerra entre Chile y Perú; o como la distancia entre el italiano de Calabria y el francés de Lille, o la mayor afinidad del de Lorena con alemán y flamenco que con español e italiano. “Dentro de nuestra misma península hallamos interesantísima repulsión entre la familia céltica y las que proceden de las colonias cartaginesas y de los países largo tiempo ocupados por los árabes.” El que no figure Portugal entre tantos ejemplos de desencuentro resulta revelador. En conclusión, para don Benito “mucho más razonable que la Unión Latina es la unión iberoamericana como ‘avenencia comercial’ y como resistencia ‘a las ambiciones de la América sajona’” (*LP*, 30-11-1886).

Galdós desarrolla este último argumento dos años después, a raíz del Congreso de Washington, “cuyo objeto parece ser extender a ambas Américas la influencia de los *yankees*, y llegar a la hegemonía comercial de los Estados Unidos con exclusión de la industria europea”. Norteamérica sueña con “absorber moralmente [...] a la raza ibérica” que puebla el centro y el sur del continente, y erigirse en “tutora” y “abastecedora” de la América Latina. Pero “la pujanza de las repúblicas ibéricas” garantiza que siempre serán política y económicamente autónomas.

El norte y el sur serán émulos, jamás amigos, y ambos conservarán siempre sus lazos familiares con Europa y con las dos razas de que provienen. Por nuestra parte, nos corresponde *establecer* con las naciones americanas a que estamos unidos por lazos de entrañable parentesco, todas las relaciones morales y comerciales que nos sean posibles. Su diplomacia, la emigración, el tráfico, las relaciones literarias y académicas, todo debe concurrir al mismo fin (*LP*, 28-3-1890).

6. Nacionalista francés fundador de la Liga de Patriotas, al que don Benito califica de “calenturiento”.

5. El colonialismo decimonónico

Quizá lo más interesante sobre Portugal sea la visión galdosiana de la crisis de tal país nacida de sus problemas coloniales, crisis que irá comentando extensamente desde la Conferencia de Berlín (1884-1885) hasta 1891.

“El programa aparente de la Conferencia es establecer un criterio fijo en materias de ocupación de países salvajes, partiendo del principio de que sin la ocupación material los derechos históricos prescriben” (*LP*, 4-12-1884), aunque Galdós entiende que la auténtica finalidad es repartirse el continente “para colocar los incalculables sobrantes de la fabricación inglesa y alemana” (*LP*, 18-12-1884).

Admite que los históricos “derechos territoriales no sancionados con la ocupación material y el comercio [...] retardarían la civilización”, considera que “la incuria” de Portugal y de España en sus colonias africanas “debe tener correctivo; pero no el desproporcionado castigo de un despojo absoluto” (*LP*, 4-12-1884).

Tras las desavenencias entre ingleses y alemanes por repartirse lo que aún no es suyo, su ánimo se encrespa:

¿Y cuál será la suerte de Portugal en estos líos? ¿De Portugal, a quien la ciencia geográfica debe tanta parte de sus conquistas? Si España es la madre de América, Portugal es la madre de África. Escrita está en lengua lusitana la historia de este continente, como lo declaran los nombres de sus ríos, de sus costas, de sus islas. [...] ¿Y Portugal [...] está destinada hoy a presenciar pasivamente cómo son menospreciados sus derechos, cómo sus territorios son usurpados por asociaciones de ávidos comerciantes, y cómo, en fin, hasta los nombres de bautismo que declaran el abolengo lusitano de las más bellas porciones del África, son borrados del mapa para sustituirlos con improponibles y antipáticos términos sajones!...

Y en estas cartas, escritas medio año antes de su viaje a Portugal, habla ya de la susceptibilidad portuguesa respecto al iberismo, y anuncia que tratará el tema más adelante, lo cual confirma que don Benito no “enjaletaba”⁷ crónicas solo para cobrar, sino que se había trazado un proyecto a largo plazo con ciertos objetivos claros:

A finales del 85, el que el poder de Portugal en África sea cada vez menor confirma sus sospechas: “El famoso Congreso de Berlín, es, bien claro se ve ahora, una legislación previa a los despojos y asaltos de colonias que estamos presenciando” (*LP*, 2-10-1885).

Unos años después (*LP*, 21-2-1890), se relata cómo aplicando un “amañado” artículo del ya Tratado de Berlín, Inglaterra pretende expulsar a Portugal de la región del Zambeze alegando su “*influenza* comercial”. Sin embargo ahora,

7. Emplea este término, como restando importancia a su correspondencia, en carta a *Don Prisco*.

Portugal tiene signos de “ocupación permanente” porque el mayor Serpa Pinto⁸ “organizó hace tiempo algunos distritos” y “últimamente se ocupaba en trazar un ferrocarril”. La prensa de Londres lanza una campaña contra el mayor por “penetrar a sangre y fuego” en el Alto Zambeze, gran hipérbole según Galdós. Inglaterra exige la desautorización de Serpa Pinto para reconocer algún derecho a Portugal en la región; el gobierno portugués cede al ultimátum y la ira popular le obliga a dimitir.⁹ “Es triste, pero verdadero —comenta—, que Portugal perderá parte de sus posesiones del Zambeze, y que no tendrá más consuelo que recordar las glorias de sus conquistadores y navegantes, y oír las frases amistosas que le dirigirán los filántropos de todos los países.”

Reitera la susceptibilidad portuguesa hacia España frente a su ingenua confianza en Inglaterra, y explícita entre esta carta y la siguiente en qué consistiría la Unión ibérica, pasando en quince días del pesimismo a cierto optimismo, ignoro si por la evolución del conflicto o por su propio estado de ánimo:

Y lo llamo sueño, porque como tal, y de los más bellos, lo tenemos los españoles; mas para los portugueses es una verdadera pesadilla. [...] La Unión Ibérica [...] significa tan solo un medio de establecer su acción colectiva [...] en todo aquello que no atente a los derechos históricos de cada país (*LP*, 21-2-1890).

¡Tristísimo espectáculo el de una nación gloriosa y débil clamando en vano desde un ángulo de Europa [...]! Con este motivo se ha hablado mucho aquí de *Unión ibérica* el sueño generoso de algunos españoles, y de pocos, muy pocos portugueses. Su orgullo se revelaría contra una unión como la que existe entre Suecia y Noruega [...]. Pero en los momentos actuales, viéndose abandonados de todo el mundo, ultrajados por su amiga de siempre, [...] nos miran con simpatía y desean [...] un concierto para obrar mancomunadamente en los asuntos que se refieren a su integridad colonial, y disposiciones que unifiquen nuestros intereses comerciales. No llegan a proponer el *Zollverein*¹⁰ ibérico [...], pero pasarían por un tratado bastante expansivo que hiciera las fronteras menos sensibles de lo que hoy lo son [...]. Un concierto aduanero que permitiera crear en los puertos de toda la Península depósitos intermediarios para Europa y América, sería quizás la solución del porvenir [...]. La idea es arriesgada y de ejecución no fácil; pero conviene meditar en ella (*LP*, 26-2-1890).

A finales del año, relata cómo la prensa portuguesa “que disfruta de una libertad omnimoda” (*LP*, 6-11-1890) rechaza el nuevo Tratado de Londres, lo que podría producir un “desorden interior” que acabaría con restos del imperio colonial portugués: “Háblase hoy de que las Azores se van a declarar independien-

8. Alexandre Serpa Pinto (1846-1900) fue militar, político, y administrador colonial portugués, célebre por sus expediciones al África meridional.

9. “Hay que advertir que el Ministerio dimisionario, objeto estos días de la execración pública, era liberal, y conservador el que acaba de sucederle”, explica Galdós interesadamente.

10. Unión aduanera creada en torno a Prusia en 1834.

tes o a ponerse bajo el protectorado de los Estados Unidos. Ambas cosas nos parecen pura novela”. Cae el gobierno conservador por ese “tratado nefando con Inglaterra”, y le sustituye “un ministerio de transacción [...]. Pero los radicales y republicanos de allá [...] piden que caiga todo, del Rey¹¹ inclusive para abajo”.

Y notemos el cambio de ideología galdosiana que más arriba señalábamos. Faltan años para que dirija el partido republicano, pero en la década de los noventa no existe comentario compasivo alguno sobre los problemas de la monarquía portuguesa, ni críticas a la actitud republicana española:

De un momento a otro llegará a Madrid el periodista portugués Magalhaes Lima,¹² y los republicanos de aquí se disponen a festejarle [...] lo que nos parece muy justo. Pero hay que tener en cuenta, y parece que los propios manifestantes se han dado esta consigna, que no conviene hablar una palabra de Unión Ibérica, porque si tales palabras se pronunciasen, nuestros vecinos [...] nos arrojarían a la cara todas las lindezas que hoy dicen contra los ingleses.

Un año después, tras consignar la gravísima crisis económica portuguesa consecuencia última de sus problemas coloniales, menciona los fracasos “lamentables” de los republicanos “en Oporto y varias ciudades”, y concluye generalizando su creciente escepticismo ante la disyuntiva monarquía o república:

Las sociedades, después de haber conquistado los derechos políticos, no dan valor a su propaganda revolucionaria [...]. Problemas sociales y económicos que afectan a la vida material acaloran a los pueblos, ya indiferentes a todo problema político, incluso el de las formas de gobierno (*LP*, 18-10-1891).

Termino con una cita que muestra la autenticidad del iberismo galdosiano ya que se inserta en una Carta que no trata de política, ni de comercio, ni de poder, sino exclusivamente del la historia de la ciencia española frente a la europea, allí incluye un verso del Canto I de *Os lusíadas* “mares nunca antes navegados” y lo justifica: “Esta cita me excusa de declarar que al ocuparme de las empresas náuticas de los pasados siglos confundo en una sola idea y en una gloria sola, lo español y lo portugués” (*LP*, 5-3-1885).

11. Carlos I, hijo de Luis I, moriría asesinado en 1908. Dos años más tarde, su sucesor se exiliaría, desapareciendo la monarquía de Portugal. Pero la corresponsalía de Galdós había terminado en 1903.

12. Fundador del diario lisboeta *O Século*, que se publicó desde 1888 a 1977.